

## CAPÍTULO XLIX

### Carácter de Demóstenes como orador y como escritor.

Ya en el capítulo precedente hemos tenido ocasión de observar con cuánto amor se dedicaron los retóricos posteriores á desentrañar, por decirlo así, el secreto de la superioridad del más celebrado entre todos los oradores áticos. Con esta tarea están sin duda íntimamente relacionadas las numerosas noticias que nos han sido trasmitidas, bien respecto de la educación intelectual de Demóstenes, bien más particularmente acerca de los medios por él empleados con perseverante empeño, para dominar ciertos defectos innatos que podían impedirle conseguir el anhelado triunfo en la tribuna pública. Mas sean estas anécdotas inventadas ó verdaderas, es lo cierto, que apenas alcanzan á explicar la diferencia que separa á Demóstenes de los demás oradores. En no pequeña parte, la enormidad de esta diferencia estriba en la abnegación y solicitud con que Demóstenes se consagró á la carrera que había elegido. Fué, pues, su abnegación, la que le dió fama de gran bebedor de agua <sup>1)</sup>, y la que provocó la satírica frase de un rival suyo, por él tan hábilmente contestada <sup>2)</sup>, de que sus discursos olían á lámpara. Por otro lado, es indudable que ni el trabajo más constante, ni la laboriosidad más entusiasta, habrían podido por sí solas asegurar á Demóstenes el puesto que ocupó entre los oradores antiguos. Para ello necesitaba además, no sólo un talento privilegiado, sino también el favor, en verdad poco frecuente, de circunstancias bajo cuyo influjo pudiera aquél desarrollarse y alcanzar su completa madurez.

<sup>1)</sup> Blass, *op. cit.*, p. 25, ha recopilado los pasajes en cuestión.

<sup>2)</sup> Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 8: εἰς τοῦτο δὲ ἄλλοι τε πολλοὶ τῶν δημαγωγῶν ἐχλεύαζον αὐτόν, καὶ Πυθέας ἐπισκόπων ἑλληγνίων ἔφησεν ὄζειν αὐτοῦ τὰ ἐνδυμήματα. τοῦτον οὖν ἠμείψατο πικρῶς ὁ Δημοσθένης: „οὐ ταῦτα γὰρ, εἶπεν, ἐμοὶ τε καὶ σοι, ὦ Πυθέα, ὁ λύχνος σὺνοιδεν.“

Si la resolución de Demóstenes de estudiar la oratoria se explica por la necesidad en que se hallaba de demandar ante los tribunales á sus tutores, es de creer también que el haber oído un discurso de Calístrato, el orador ateniense más célebre de su época, fuese lo que en él despertara el deseo de desempeñar algún día un papel análogo en la República. Es tanto más difícil asegurar que fuera precisa semejante causa para que se desarrollase en Demóstenes una afición aun en germen, cuanto que las noticias que sobre el particular se nos han transmitido, ni concuerdan entre sí, ni están en perfecta armonía con los hechos <sup>1)</sup>. En todo caso, es indudable que semejantes estímulos no escaseaban en Atenas: en ninguna parte y en ninguna época, ha sido mayor el poder de la oratoria para conquistar influencia y valimiento, ni el don de la elocuencia ha constituido jamás como entonces la condición indispensable para intervenir con éxito en las luchas de la política. Mas precisamente en este punto, manifiéstase una gran diferencia entre Demóstenes de una parte, y oradores como Lisias é Isócrates por otra. Lo que para estos últimos había sido el objeto principal, no era para Demóstenes sino el medio de alcanzar un fin más elevado. De aquí que su actividad como logógrafo, no pueda juzgarse sino bajo un punto de vista análogo al de la de su contemporáneo Hipérides, y que se haya de creer que lo que su rival Esquines ha sostenido respecto á las lecciones por él dadas á algunos jóvenes, sólo descansa en una desfiguración completa de los hechos, ó por lo menos en una exageración de los mismos <sup>2)</sup>.

Si para demostrar que desde un principio Demóstenes abrigó el propósito de intervenir en la dirección de los negocios públicos, basta con recordar lo joven que era cuando comenzó á desarrollar su programa político, aun prueba más el hecho de haber perseverado durante toda su vida en lo que puede considerarse como el verdadero objetivo de todos sus esfuerzos. Por desfavorable que, por lo demás, sea el juicio que se forme de aquella aspiración, es imposible desconocer el ideal que la animaba. La virtud persuasiva de la elocuencia de Demóstenes, tiene sus raíces ante todo y sobre todo en el entusiasmo por la grandeza de su patria,

<sup>1)</sup> Con las noticias de Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 5, no se compadece la edad de Demóstenes en la época en que fué incoado el proceso contra Calístrato, esto es, el año 3 de la 106.<sup>a</sup> Olimpiada, 366 a. Chr., ni concuerda lo que refiere Hermipo, en Gelio, *Noct. att.*, 3, 13.

<sup>2)</sup> Discurso *Contra Timarco*, §§ 117, 170, 171, 173 y 175.

pero al mismo tiempo también en su intención sana y perfectamente moral. Sus bellezas, en cambio, son el fruto del más perfecto dominio de la forma, sin que por esto haya de atribuirse á esta última otro mérito que el de expresar los pensamientos de la manera más adecuada y enérgica. Lo que en primer término caracteriza á Demóstenes, es la riqueza de ideas tan exactas como elevadas; su argumentación, además, es siempre perfecta, y maravilloso su arte para sacar de un hecho dado todas las pruebas en él contenidas, ordenarlas hábilmente y dar de este modo á sus discursos una fuerza que jamás pudo imprimir á los suyos ningún otro orador de la antigüedad.

Pero semejante superioridad presupone necesariamente un trabajo serio y una meditación profunda, y sobre todo una idea de la misión del orador, que de ninguna manera puede estar en contradicción con la moral más severa. El mayor elogio de Demóstenes en este concepto, lo encontramos en un dicho de Panecio, filósofo estóico: «la mayoría de sus discursos, dice, están de tal manera escritos, que en todos ellos se revela el convencimiento de que sólo lo bueno y lo bello debe ser amado por sí mismo. De aquí que no intente inclinar á sus conciudadanos á lo que es más fácil, más cómodo, ó más útil, sino que á menudo les persuade á anteponer á su propia seguridad lo bello y lo honrado» <sup>1)</sup>. Semejante dicho de un filósofo, es tanto más importante, cuanto que éstos suelen juzgar muy desfavorablemente á los oradores. El además, recuerda cuán en armonía estaban las ideas y conducta de Demóstenes, bajo el punto de vista ético, con el proceder y las doctrinas de Sócrates. Sin ir tan allá como Quintiliano, el cual ve en el juramento que el gran orador hizo en el discurso *Por la Corona*, por las almas de los guerreros muertos en Maraton, Platea y Salamina, la prueba de que Platon fué maestro de Demóstenes <sup>2)</sup>, admitiremos que aquél ejerció en éste una influencia ostensible y no limitada á la forma. No discutiremos aquí si la tentativa de mostrar que ciertos pasajes de sus discursos son imitaciones de Platon, ha tenido ó no éxito <sup>3)</sup>.

Por desgracia, ni sabemos quién era el peripatético anónimo

<sup>1)</sup> Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 13.

<sup>2)</sup> *Instit. orat.*, 12, 10, 23 y 24. Y en Ciceron, *Brutus*, c. 31, 121, donde dice: *Lectitavisse Platonem studiose, audivisse etiam Demosthenes dicitur: idque apparet ex genere et granditate verborum.*

<sup>3)</sup> Véase Heusde, *Initia philosophiæ platoniciæ*, Lugd. Batav., 1842, p. 191 y ss.

cuyas opiniones iba encaminada á refutar la primera de las cartas dirigidas á Ammeo por Dionisio de Halicarnaso, ni si intentó seriamente cimentar su creencia de que Demóstenes había recibido enseñanzas de Aristóteles y trasladado á sus discursos lo que de él había aprendido. En todo caso, semejante opinión no puede sostenerse en esta forma; mas no sería imposible comprender, por lo menos hasta cierto punto, cómo ha nacido. Demóstenes es, entre todos los oradores, aquél cuyo proceder, descansando siempre en la exactitud y justicia de las pruebas, más responde á la idea de la Retórica dada por Aristóteles. Claro es, que semejante correspondencia no presupone en manera alguna, influencia directa de Aristóteles en Demóstenes; pero sí demuestra, que Demóstenes se hallaba al nivel de la cultura de su época y que ésta se refleja bien en sus discursos.

Cuanto más claro ha sido este hecho para la antigüedad, tanto más comprensibles son las numerosas explicaciones que de él se han dado. Entre ellas, débese indudablemente contar lo que se ha dicho acerca del profundo estudio que Demóstenes hizo de Tucídides. Aunque anécdotas como la de que Demóstenes había copiado nada menos que ocho veces la obra del gran historiador <sup>1)</sup>, ó la opinión aun más ridícula de que se hallaba familiarizado de tal modo con aquella producción, que si se hubiese perdido habría podido escribirla de nuevo <sup>2)</sup>, no merezcan fe, demuestran por lo menos cuán general era la idea de que Demóstenes fué lector entusiasta de Tucídides. Que el gran orador, conocía la obra de este último, es indudable; pero todo lo demás, como se desprende en parte del tono y corte de las noticias mismas, descansa en meras hipótesis <sup>3)</sup>.

<sup>1)</sup> Luciano, *C. indoct.*, c. 4.

<sup>2)</sup> Zozimo, *Vita Demosthenis*.

<sup>3)</sup> Dionisio de Halicarnaso, *Epist. ad Cn. Pompei.*, c. 3, p. 777, dice hablando de Tucídides: ἐμοὶ μέντοι καὶ τῷ φιλότατῳ Καικίλιῳ δοκεῖ τὰ ἐνθυμήματα αὐτοῦ μάλιστα γε καὶ ζηλωσαὶ Δημοσθένους. De una manera igualmente indeterminada, dice en *De Thucyd.*, c. 53, p. 944: ῥητόρων δὲ Δημοσθένους μόνος, ὡς περ τῶν ἄλλων ὅσοι μέγα τι καὶ λαμπρὸν ἔδοξαν ποιεῖν ἐν λόγοις, οὕτω καὶ Θουκυδίδου ζηλωτῆς ἐγένετο κατὰ πολλά, καὶ προσέβηκε τοῦς πολιτικοῖς λόγοις παρ' ἐκείνου, λαβὼν, ἄς οὐτ' Ἀντιφῶν, οὐτ' Λυσίας, οὐτ' Ἰσοκράτης, οἱ πρωτεύσαντες τῶν τότε ῥητόρων, ἔσχον ἀρετὰς, τὰ τάχῃ λέγω καὶ τὰς συστροφάς, καὶ τοὺς τόνους, καὶ τὸ στρυφνόν, καὶ τὴν ἐξεγείρουσαν τὰ πάσῃ δεινότητα. El autor de las *Vidas de los diez oradores*, p. 844, 6, dice: ζηλῶν Θουκυδίδην καὶ Οὐλάτων. Como se infiere de las palabras de Ciceron en el *Orator*, c. 9, 32: *Quis porro unquam Græcorum rhetorum a*

Más fácil relativamente que inquirir el proceso de la educación intelectual y moral de Demóstenes, es determinar en qué consisten en definitiva sus excelencias y relevantes cualidades. Prescindiendo de algunas excepciones poco importantes, esto es, de aquellos que eligieron como modelos á Lisias ó Hipérides <sup>1)</sup>, quizá no por otra razón sino porque consideraban más fácil rivalizar con ellos, la superioridad de Demóstenes jamás fué puesta entre los antiguos en tela de juicio. Así como á Homero se le llamaba el poeta, así las generaciones posteriores llamaron á Demóstenes, el orador <sup>2)</sup>; no sólo sirve este último como de término de comparación para formar juicio de los demás oradores, sino que es el único á quien se ha comparado con Ciceron, como príncipe de la elocuencia romana.

Por lo que concierne á la influencia ejercida por Demóstenes en su auditorio, existe gran número de testimonios contemporáneos, de algunos de los cuales, por lo menos, puede sacarse partido. La anécdota referida por Plutarco, de que cuando Demóstenes subió por primera vez á la tribuna, fué exhortado por el triasio Eunomo á no dejarse intimidar por el fracaso sufrido, porque su dicción se asemejaba á la de Pericles <sup>3)</sup>, no parece que deba merecer completo crédito. Más fidedignas son, en todo caso, las noticias referentes á su manera de accionar. Según una tradición á menudo citada, preguntado Demóstenes qué cosa era la más principal de la oratoria, contestó que la acción, y la misma respuesta dió al preguntársele á cuál correspondía el segundo lugar, y á cuál el tercero <sup>4)</sup>. De aquí el que se diga que la mímica de Demóstenes era mucho más animada y enérgica que la de los demás oradores anteriores á él ó contemporáneos suyos. Es digna de nota la respuesta que según Hermipo, dió un cierto Esion, cuando habiéndosele preguntado el juicio que le merecían los ora-

*Thucydide quidquam duxit*, parece haber sido puesta en tela de juicio la opinión de que la lectura de Tucídides fué útil para los oradores posteriores.

<sup>1)</sup> Ciceron, en el *Brutus*, c. 83, 286, llama al logógrafo Carisio imitador de Lisias; al paso que Dionisio de Halicarnaso, *De Dinarcho*, c. 8, dice de algunos de los llamados oradores rodios, que eligieron por modelo á Hipérides. Véase Focio, p. 495, b, 5.

<sup>2)</sup> *Procl. chrest.*, en Focio, p. 319, a, 15: κατὰ περ καὶ ὁ Ὀμηρος τὸν ποιητὴν καὶ ὁ Δημοσθένους τὸν ῥήτορα ὠκειώσατο.

<sup>3)</sup> *Vita Demosthenis*, c. 6.

<sup>4)</sup> Filodemo, *Adv. rhet.*, 16, 3; Ciceron, *De orat.*, 3, 56; Quintiliano, *Instit. orat.*, 11, 3, 6, y otros.

dores antiguos y los de su tiempo, respondió que al oírlos, cualquiera admiraría en aquéllos la delicadeza y dignidad con que hablaban al pueblo; pero que leídas, las oraciones de Demóstenes aventajaban á las suyas en primor y energía<sup>1)</sup>. Concuerdá con este juicio el de Demetrio Faléreo, al calificar de afectada é innoble, la manera de accionar de Demóstenes<sup>2)</sup>. Claro es, que no puede determinarse qué es lo que hay de cierto y razonable en esta censura; pero es en cambio, indudable, que la mímica viva, enérgica y animada de Demóstenes, que el mismo Demetrio opone incidentalmente á la de Esquines, al observar con tanta malicia como agudeza que no es para el orador, pero sí para el embajador, el conservar la mano sobre el pecho<sup>3)</sup>, no sólo respondía perfectamente al gusto de la época, sino que además había llegado á prevalecer en la escena, puesto que se concedía la preferencia, no al mejor poeta, sino al mejor actor<sup>4)</sup>. El mismo Esquines, debió reconocer que era subyugadora la impresión que en sus oyentes podía producir su rival. Cuéntase que cierta vez leyó á sus discípulos en su destierro de Rodas, el discurso *Por la Corona* de Demóstenes; y como aquéllos, llenos de verdadero asombro, prorrumpieran en aplausos, exclamó agitado por el recuerdo de la postrera contienda: «¡Cuál no habría sido vuestra admiración, si se lo hubiérais oído á él mismo!»<sup>5)</sup>.

Dionisio de Halicarnaso, no contento con hacer ver cuán grande era la diferencia entre Demóstenes é Isócrates, merced á la importancia dada por aquél á la acción y al esmero que, según opi-

<sup>1)</sup> Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 11: Αἰσίωνα δὲ φησὶν Ἑρμιππος ἐρωτηθέντα περὶ τῶν πάλαι ῥητόρων καὶ τῶν κατ' αὐτὸν εἶπειν, ὡς ἀκούων μὲν ἂν τις ἐθαύμασεν ἐκείνους εὐχόμενος καὶ μεγαλοπρεπῶς τῷ δήμῳ διαλεγόμενος, ἀναγιγνωσκόμενοι δ' οἱ Δημοσθένους λόγοι πολὺ τῆ κατασκευῆ καὶ δυνάμει διαφέρουσιν.

<sup>2)</sup> Filodemo, *Adv. rhet.*, 4, 16: παρὰ δὲ τῷ Φαληρεῖ λέγεται ὑποποιήσασθαι μὲν αὐτὸν ὑποκριτὴν γεγονέναι καὶ περιττόν, οὐχ ἀπλοῦν δὲ οὐδὲ κατὰ τὸν γενναῖον τρόπον, ἀλλ' ἐς τὸ μαλακώτερον καὶ ταπεινότερον ἀποκλίνοντα. Plutarco, *loc. cit.*: τοὺς μὲν οὖν πολλοὺς ὑποκρινόμενος ἤρεσκε θαυμαστῶς, οἱ δὲ χαριέντερες ταπεινὸν ἤγουντο καὶ ἀγενεὲς αὐτοῦ τὸ πλάσμα καὶ μαλακόν, ὧν καὶ Δημήτριος ὁ Φαληρεὺς ἐστίν.

<sup>3)</sup> Discurso *Sobre la traición de la Embajada*, § 255.

<sup>4)</sup> Véase Aristóteles *Retórica*, 3, 1, p. 1403, b, 34.

<sup>5)</sup> Cicero, *De orat.*, 3, 56, 213 y otros. El autor de las *Vidas de los diez oradores*, página 840, d, refiere el hecho del modo siguiente: ἀνέγνω... τοῖς Ῥόδιοις τὸν κατὰ Κτησιφώντος λόγον ἐπιδεικνύμενος· θαυμάζοντων δὲ πάντων εἰ ταῦτα εἰπὼν ἤτησεν, οὐκ ἔφη, ἐθαυμάζετε, Ῥόδιοι, εἰ πρὸς ταῦτα Δημοσθένους λέγοντος ἠκούσατε. La frase que Plinio, *Epist.*, 2, 3, pone en sus labios, es aun más enérgica: τί δὲ εἰ αὐτοῦ τοῦ Σηρίου ἀκηχόατε.

nión general, puso en cultivarla y perfeccionarla<sup>1)</sup>, ha intentado, con oportunos ejemplos, demostrar que las palabras del orador exigen ya por su propia índole ser dichas de una manera fija y determinada<sup>2)</sup>. Mas por hábiles que hasta cierto punto sean sus observaciones sobre el particular, debemos prescindir de ellas con tanto más motivo, cuanto que es evidente que entre los discursos de Demóstenes que hoy se conservan y los que realmente pronunció, no existe perfecto acuerdo. Para probar que en la tribuna mostraba á menudo mayores confianza y audacia que las que revelan sus discursos escritos, invoca Plutarco el testimonio de Demetrio Faléreo, de Eratóstenes y de los poetas cómicos<sup>3)</sup>. Según Eratóstenes, cuando hablaba dejábase arrastrar por la inspiración del momento<sup>4)</sup>, y Demetrio cita un juramento en metro, que asegura pronunció Demóstenes arrebatado por el entusiasmo<sup>5)</sup>. El hecho de figurar en los discursos de Esquines varios conceptos á que no responde ninguno de los contenidos en las oraciones de Demóstenes, parece demostrar que algunas de las ideas expuestas por este último, no fueron recogidas en sus discursos escritos. Entre ellas merecen atención especial, el paralelo por él establecido entre el tirano Dionisio y Esquines; la exhortación á los atenien- ses, á quienes aconseja estén siempre en guardia con él, como con un hombre funesto, y el sueño de una sacerdotisa siciliana, contenidas todas en el discurso *Sobre la traición de la Embajada* pronunciado por Demóstenes, y de las cuales no se halla vestigio alguno en el que hoy se conserva<sup>6)</sup>.

Con esto hemos llegado al punto en que creemos á todo trance indispensable examinar con más detenimiento las relacio-

<sup>1)</sup> *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 22.

<sup>2)</sup> *Op. cit.*, c. 53, p. 1118: αὐτὴ γὰρ ἡ λέξις διδάσκει τοὺς ἔχοντας ψυχὴν εὐκίνητον, μετ' οἷας τῆς ὑποκρίσεως ἐκφέρεσθαι δεήσει.

<sup>3)</sup> *Vita Demosthenis*, c. 9.

<sup>4)</sup> *Loc. cit.*: Ἐρατοσθένης μὲν φησὶν αὐτὸν ἐν ταῖς λόγοις πολλαχοῦ γεγονέναι παράβαχρον.

<sup>5)</sup> *Loc. cit.*: ὁ δὲ Φαληρεὺς τὸν ἔμμετρον ἐκείνον ὄρκον ὁμοῖαι ποτὲ πρὸς τὸν δῆμον ὡσπερ ἐνδοσιώντα· μὰ γῆν, μὰ κρήνας, μὰ ποταμούς, μὰ νάματα.

<sup>6)</sup> Esquines, *De fals. legat.*, § 70: ἐνεγείρησε δ' ἀπεικάζειν με Διονυσίῳ τῷ Σικελίας τυράννῳ, καὶ μετὰ σπουδῆς καὶ κραυγῆς πολλῆς παρεκελεύσατο ὑμῖν τὸ Σηρίον φυλάξασθαι, καὶ τὸ τῆς ἱερείας ἐνύπνιον τῆς ἐν Σικελίᾳ διηγήσατο. Es inexacta la interpretación del escoliasta, según la cual las palabras en cuestión fueron pronunciadas por los dietetas ó árbitros. Véase A. Schäfer, *loc. cit.*, vol. 3, 2, página 69.

nes existentes entre los discursos realmente pronunciados por Demóstenes y sus oraciones escritas, ó mejor dicho, entre la verdadera actividad de Demóstenes como orador, y su actividad como logógrafo.

En un pasaje de sus *Instituciones Oratorias*, aconseja Quintiliano al orador novel, que no diga nunca cosa que antes no haya escrito, en cuanto la materia lo permita; y á este propósito invoca el testimonio de Demóstenes, según el cual, todo discurso, cuando fuera posible, debía ser esculpido antes que pronunciado <sup>1</sup>). Con esta opinión concuerda lo que Plutarco dice de su aversión á hablar sin prepararse, y de sus negativas á hacer uso de la palabra cuando de repente sus conciudadanos le invitaban á subir á la tribuna pública <sup>2</sup>). Si más adelante asegura que no negaba Demóstenes el esmero con que preparaba sus oraciones, declarando que ni escribía antes completamente sus discursos, ni hablaba nunca sin haber escrito algo <sup>3</sup>), esta noticia, que quizá como otras de Plutarco está basada en la autoridad de Demetrio Faléreo, debe tenerse por exacta en muchos casos. Como era natural, el carácter de los diversos discursos determinaba ya por sí solo una diferencia esencial; pues si las demegorias podían ser publicadas en la misma forma en que habían sido dichas, en los discursos de acusación y defensa, por el contrario, podía parecer oportuno introducir importantes modificaciones. No á otra cosa responden las divergencias que á menudo se encuentran entre los discursos hablados y los escritos. Además de los ejemplos citados, hay toda una serie de imágenes más ó menos atrevidas que Esquines cita como empleadas por su rival, y de las cuales no encontramos huella alguna en las oraciones de Demóstenes <sup>4</sup>). Aunque no se dice

<sup>1</sup>) *Instit. orat.*, 12, 9, 16: *Dicet scripta quam res patietur plurima, et, ut Demosthenes ait, si continget, et sculpta.*

<sup>2</sup>) Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 8.

<sup>3</sup>) *Loc. cit.*, donde dice á continuación de la respuesta á Piteas arriba citada: *πρὸς δὲ τοῦς ἄλλους οὐ παντάπασιν ἦν ἕταρνος, ἀλλ' οὕτε γράψαι οὕτ' ἄγραφα κομιδῆ λέγειν ὁμολογεῖ.*

<sup>4</sup>) Discurso *Contra Ctesifon*, § 166: *οὐ μέμνησθε αὐτοῦ τὰ μαρὰ καὶ ἀπίθανα ῥήματα, ἃ πῶς ποδ' ὑμεῖς, ὡ σιδηροὶ, ἐκαρτερεῖτ' ἀκροώμενοι; ὅτ' ἔφη παρελθόντων, ἀμπελοφυγοῦσιν τινες τὴν πόλιν, ἀνατετμήκασιν τινες τὰ κλήματα τοῦ δήμου, ὑποτέμνεται τὰ νεῦρα τῶν πραγμάτων, φορμορραφούμεθα, ἐπὶ τὰ στενά τινες ὡσπερ τὰς βελόνας διείρουσι. ταῦτα δὲ τί ἐστιν, ὡ κίναδος; ῥήματ' ἢ θαύματα. Véase también Dionisio de Halicarnaso, *De admir. vi dic. in Demosth.*, c. 57, p. 1126, quien después de citar las palabras de Esquines, observa: *οὐδέ γ' ἄλλα τινὰ φορτικὰ καὶ**

donde las empleó este último, compréndese bien que el fuego de la primera impresión, ó la inspiración del momento, pudieran originar frases ó ideas que, reflexionando luego más tranquilamente y por temor á la réplica de su adversario ó por consideración al lector, se decidiera á borrar.

Es por extremo difícil determinar, cuanto se relaciona con la publicación de las oraciones de Demóstenes. De noticias como las que acerca de los discursos de Ciceron han llegado hasta nosotros <sup>1</sup>), carecemos en absoluto en lo que á Demóstenes se refiere, si se exceptúa el hecho atestiguado por el ya citado dicho de Esión. Sin embargo de esto, parece seguro que, como Ciceron las suyas, fué el mismo Demóstenes quien publicó sus arengas. Qué razones le movieron á vencerse y dominar aquella inexplicable aversión de que habla Fedro en el diálogo de Platon de este nombre <sup>2</sup>), cuando podía perfectamente conservarla y sostenerla, es bien fácil de adivinar. Sin conceder mayor importancia de la que merece á la ya citada opinión de que Demóstenes no pronunció jamás el discurso *Sobre la paz*, ni intentar sostener esto mismo respecto de otras oraciones, observaremos que la gran mayoría de las demegorias, antes que á apoyar determinadas proposiciones, parecen destinadas á despertar sentimientos de unión y concordia, á exponer con toda claridad los fines de la política seguida por Filipo, y á llamar la atención sobre los peligros que envolvía para Atenas y para toda la Grecia <sup>3</sup>). Como se ve, el valor de estas arengas no era en manera alguna efímero y pasajero, y para ejercer la deseada influencia y ser conocidas aun fuera de Atenas, su publicación era imprescindible. Sobre todo se comprende que se diesen á luz en una época como aquella, en que no esca-

*ἀηδὴ ὄνματα ἐν οὐδενὶ τῶν Δημοσθένους λόγων εὐρεῖν δεδύνημαι, καὶ ταῦτα πέντε, ἢ ἕξ μυριάδας στίχων ἐκείνου τοῦ ἀνδρὸς καταλειπότες.*

<sup>1</sup>) Véanse las *Epist. ad Att.*, 2, 1, 12. Sabido es que los discursos de Ciceron fueron en parte publicados por él mucho más tarde, en su forma actual. Otros no fueron pronunciados, y otros, que sólo dejó como esbozos, fueron dados á luz por su liberto. Véase Quintiliano, *Instit. orat.*, 10, 7, 30, 31, 4, 1, 69.

<sup>2</sup>) Página 257, d: *ἐφαίνετο γάρ, ὡ Σώκρατες, καὶ σύννοιστά που καὶ αὐτός, ὅτι οἱ μέγιστον δυνάμενοι τε καὶ σεμνότατοι ἐν ταῖς πόλεσιν αἰσχύνονται λόγους τε γράφειν καὶ καταλείπειν συγγράμματα ἑαυτῶν, δόξαν φοβούμενοι τοῦ ἔπειτα χρόνου, μὴ σοφισταὶ καλῶνται.*

<sup>3</sup>) Véase sobre este particular á Hartel, *Demosthenische Studien*, en las *SITZUNGSBERICHTE DER WIENER AKADEMIE*, vol. 87 y 88, y *Demosthenische Anträge*, en las *COMM. IN HON. MOMMSENI*, p. 517 y ss.

seaban las sátiras y folletos políticos <sup>1</sup>). Por lo que hace á la forma en que aparecieron, es asunto á que no debe darse ninguna importancia. Que fueran cartas, discursos como el *Filipo* que Isócrates escribió inmediatamente después de la paz de Filocrates, ó verdaderas arengas, es en definitiva indiferente. Mas no debemos olvidar con cuánta razón se ha observado que Demóstenes, aunque en realidad no fuese insensible á la gloria de escritor que pudiera darle la publicación de sus oraciones, perseguía un fin mucho más alto y en consecuencia echaba mano de cuantos medios le parecían buenos para conseguirlo <sup>2</sup>).

Por lo que respecta á la publicación de los discursos civiles, observaremos que se debe sin duda á razones análogas á las que explican la subsistencia de los de los logógrafos. No parece inverosímil que algunos de ellos hayan llegado hasta nosotros por haber sido conservados por las personas para quienes estaban escritos. Otros, por el contrario, como se ha supuesto que aconteció con las oraciones *Contra Timócrates* y *Contra Midias*, y como acaso también sucedió con los discursos *Sobre la tutela*, no debieron ser publicados hasta después de muerto Demóstenes.

Si todas las oraciones de Demóstenes fueran de un mismo género, podría intentarse seguir paso á paso el desarrollo de las dotes oratorias de su autor, desde los comienzos hasta su completa madurez. La sujeción del orador al tema que en cada una de ellas desenvuelve es, sin embargo, demasiado grande, para que pueda parecer factible un paralelo entre obras de carácter tan distinto. La dilucidación de cuestiones puramente privadas, es ya, por su propia índole, esencialmente distinta de la de aquellas en que estaban empeñados los más altos intereses de la República, ó que concernían á la posición política del orador. Partiendo de esta idea, parécenos oportuno hacer algunas observaciones acerca de los discursos forenses, antes de hablar de aquellos otros en que Demóstenes halló ocasión de hacer gala de los maravillosos recursos de que disponía.

<sup>1</sup>) Según A. Schäfer, *op. cit.*, vol. 3, 2, p. 322. C. F. Hermann había calificado ya de tales las *Olímpicas*.

<sup>2</sup>) Con perfecta razón ha hecho ya resaltar este punto Croiset, *Des idées morales dans l'éloquence politique de Démosthène*, Montpellier, 1874, p. 252, al decir: «On peut même douter que la gloire de l'éloquence ait été l'attrait principal auquel cêda Démosthène. L'objet de son ambition était surtout de devenir un grand homme d'État et comme un second Périclès.»

Por el plan y disposición de sus partes, los discursos forenses de Demóstenes son exactamente iguales á las demás obras de análoga índole que nos ha trasmitido la antigüedad. El elemento, por decirlo así mecánico y rutinario, común á todas éstas, se descubre también fácilmente en las del gran orador. Tal sucede, por ejemplo, con la repetición de ciertos pasajes, como los que son comunes al discurso *Contra Nausímaco y Xenópites* y á la oración *Contra Panteneto*. En ambas oraciones encuéntranse expresadas, con las mismas palabras, las consecuencias de la prescripción otorgada por la ley <sup>1</sup>). Semejantes concordancias que, según observación de Dionisio de Halicarnaso, no se encontraban en Lysias á pesar de ser considerable el número de sus oraciones <sup>2</sup>), no son raras en Demóstenes <sup>3</sup>). La razón de ello está en que el fin principal de estos discursos era ejercer una influencia pasajera y del momento, á la cual, naturalmente, no podía ser obstáculo el empleo de unas mismas ideas y puntos de vista generales. Lo extendida que, según testimonio de antiguos retóricos, se hallaba esta costumbre <sup>4</sup>), demuestra que no producía extrañeza alguna: cosa tanto más natural cuanto que la consideración de que sus oraciones eran sólo para escuchadas, había de contribuir á que el autor se esmerase en ellas menos que si las compusiera para ser leídas.

Aparte ciertos pensamientos expresados siempre en forma fija y determinada, en cada caso particular quedaba al orador ancho campo para hacer ostentación y gala de su habilidad y de su arte. Una y otro, brillan con gran esplendor en los discursos forenses indudablemente auténticos de Demóstenes. En primer lugar, en cada oración domina el tono que en realidad le conviene; porque colocándose mentalmente el orador en el lugar de aquél á quien el discurso estaba destinado, hacía sólo decir lo que

<sup>1</sup>) No sólo comienzan ambos discursos de la misma manera, sino que el epílogo de la oración *Contra Panteneto*, § 58, se encuentra textualmente reproducido en la oración *Contra Nausímaco y Xenópites*, § 21 y 22.

<sup>2</sup>) *De Lysia*, c. 17, p. 491.

<sup>3</sup>) Véase Meier, *De furti litterarii suspicione in poetas et oratores Atticos collata*, en sus *OPUSCULA ACADEMICA*, t. 2, p. 307 y ss.

<sup>4</sup>) Ulpian., *In or. c. Aristocr.*, § 99: ἔδος πᾶσι τοῖς παλαιοῖς ἐπὶ τῶν αὐτῶν νοημάτων καὶ τοῖς αὐτοῖς κερῆσθαι λόγοις, ἵνα μὴ δοκοῖεν ἀπειροκάλοι εἶναι ἐναλλαγῇ τῆς φύσεως. εἶπεν οὖν καὶ ἐν τῷ κατ' Ἀνδροτίωνος (§ 7) τὸ αὐτό. Theon, *Progymn.*, c. 1: πάντες οἱ παλαιοὶ φαίνονται τῇ παραφράσει ἄριστα κερημένοι οὐ μόνον τὰ ἑαυτῶν ἀλλὰ καὶ τὰ ἀλλήλων μεταπλάσσοντες.